

Por las sendas de las palabras asturianas con los cinco sentidos, y alguno más también...

*Lección de apertura del curso 2017-2018
del Real Instituto de Estudios Asturianos,
pronunciada el 4 de octubre de 2017*

por

D. XULIO CONCEPCIÓN SUÁREZ
Miembro de Número Permanente



REAL INSTITUTO DE ESTUDIOS ASTURIANOS

OVIEDO, 2018

Por las sendas de las palabras asturianas con los cinco sentidos, y alguno más también...

*Lección de apertura del curso 2017-2018
del Real Instituto de Estudios Asturianos,
pronunciada el 4 de octubre de 2017*

por

D. XULIO CONCEPCIÓN SUÁREZ
Miembro de Número Permanente



REAL INSTITUTO DE ESTUDIOS ASTURIANOS

OVIEDO, 2018

Por las señas de las palabras asturianas con los cinco sentidos y algunos más también...

ALGUNOS DE LOS AUTORES DE ESTE LIBRO SON MIEMBROS DEL COMITÉ ASISTENTE A LA REDACCIÓN DE LA ENCICLOPEDIA DE LA LENGUA ASTURIANA
Y DE LA ENCICLOPEDIA DE LA LINGÜÍSTICA ASTURIANA

— 591 —

REAL INSTITUTO DE ESTUDIOS ASTURIANOS
CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS



GOBIERNO DEL
PRINCIPADO DE ASTURIAS



CSIC

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
CONFEDERACIÓN ESPAÑOLA DE
CENTROS DE ESTUDIOS LOCALES (CICEL)



© REAL INSTITUTO DE ESTUDIOS ASTURIANOS®

Pza. de Porlier, 9 - 1.ª planta.
33003 Oviedo

Tfno.: 984 182 801

e-mail: ridea@asturias.org / www.ridea.org

© Autor: Xulio Concepción Suárez

ISBN: 978-84-948166-0-4

Depósito Legal: AS 02758-2018

Imprenta Mercantil Asturias, S. A.

No es verdad. El viaje no acaba nunca. Solo los viajeros acaban [...]. El fin de un viaje es solo el inicio de otro [...]. Ver lo que no se ha visto, ver otra vez lo que ya se vio, ver en primavera lo que se había visto en verano, ver de día lo que se vio de noche, con el sol lo que antes se vio bajo la lluvia, ver la siembra verdeante, el fruto maduro [...]. Hay que volver a los pasos ya dados, para repetirlos y para trazar caminos nuevos a su lado. Hay que comenzar de nuevo el viaje. Siempre. El viajero vuelve al camino.

José Saramago

Palabras previas

Ilustrísimo Sr. Director del RIDEA, Ilustrísimos Miembros, amigos y amigas.

Resulta para mí un honor abrir las actividades de un curso en unos tiempos educativos con tantos cambios en muchos aspectos: hasta se lee en la prensa que, en algunas aulas, se ponen en duda *los deberes pa casa*; bueno, pues tal vez sean los cambios de los tiempos —estos días tan líquidos, de los que tanto hablan Zygmunt Bauman y compañía—. Pues, *si ye que nun se puen mandar deberes pa casa, pues que vengan los deberes del pueblu, del monte, del finde...* al aula, a las salas de conferencias, a este mismo cómodo salón del RIDEA. Vamos a invertir un poco el proceso, para resultados parecidos.

Poco nuevo bajo el sol, alguien dijo bien por ahí: ya se está haciendo, de una u otra forma; y se lleva haciendo desde tantos lustros. Nunca olvidaré yo aquellos años de la escuela de la Frecha, cuando el maestro

nos ponía como deberes, sobre aquellos pupitres de *maera*, al par de la enciclopedia Álvarez y el *tinterín* de tinta china, una redacción, un dibujo... sobre lo que hubiéramos hecho el fin de semana en casa, en el monte, con las castañas, tras las vacas o las *oveyas*... Y, con toda ilusión, nos poníamos a redactar, con caligrafía impecable —Dios te librara de una falta—, primero a lápiz, o con la pizarra y el *pizarrín*; y después a pluma y *tinteru*, sin que pingara una gota sobre la mesa de *maera* —Dios te librara, igualmente...—.

En estos nuevos tiempos de aprendizajes tan compartidos como necesarios, pues no todo está escrito todavía, ni mucho menos...

Por esto, como «vivir es ver volver» —que decía Azorín—, me resulta muy grato comenzar un curso con esas nuevas actividades, que observo vuelven al RIDEA de forma tan amena: esta primavera tuve el honor de participar en una ruta muy práctica con sus profesores respectivos —Tomás Díaz y Manuel Claverol—, en las que todos aprendíamos de todos, pues las preguntas y las respuestas se sucedían de boca en boca por todo el grupo. Una verdadera clase práctica, multidisciplinar del todo, y muy amena, sin más *libru* ni enciclopedia que los caminos y el paisaje del Naranco.

Muchos deberes de este tipo darían lugar a estudios y discusiones de aula, aquí o entre las sillas y pupitres escolares, universitarios..., lo mismo da el nivel y los asientos; y sin ir más lejos, el Naranco, comenzando por el mismo nombre, supone toda una enciclopedia milenaria de muchos tomos, cada uno con su asignatura particular. Todo un paisaje para un currículo completo de varios cursos seguidos¹. Y para discutirlo en equipo, con la enseñanza inversa —la clase invertida, que se dice ahora—: es decir, como siempre hicieron, o intentamos hacer tantos y tantas, en la medida de lo posible: unos enseñan y otros hacen preguntas que nos obligan a seguir aprendiendo, a su vez. Todos y todas aprendemos de todos y de todas. Las novedades siempre son muy gratas pero relativas, claro. Por eso pueden ser tan positivas y enlazadas: en red, *pallabrina* tan de moda igualmente.

¹ MÉNDEZ, Benjamín y A.A. VV.: *Paisaje y toponimia. Materiales didácticos de aula*, grupo de trabajo dirigido por Benjamín Méndez, edita Consejería de Educación y Ciencia, Centro del Profesorado y de Recursos del noroccidente, CPR de Lluarca, 2007.

Con ese dato añadido: una nueva revista *Cuadernos* —muy popular, y digital, como intentamos algunos— veo que aparece, por fin, al lado de otras, tal vez más serias y académicas, pero con unos contenidos curriculares, muy prácticos, sobre el terreno; las investigaciones orales por los pueblos —que pretendemos complementen a otras— ya documentadas por escritos de siglo en siglo; porque no todo está escrito en papel ni en registros notariales o catedralicios, ni mucho menos. Una revista novedosa, por tanto: digital al completo, colgada ya en la red, con ese nombre de *CRIDEA*, ingenioso también.

Comencemos así las sendas por las palabras: unas cuantas entradas de todo un diccionario a punto sobre cualquier paisaje

Ciertamente, como viene a decir Saramago, en cualquier paseo por una senda cualquiera, o en una ruta al azar, podemos encontrar una fuente inagotable de sensaciones nuevas; porque, en cualquier estación del año, nunca hay un mismo paisaje; por muchas veces que lo hayamos recorrido, nunca leeremos un mismo itinerario: en invierno, primavera..., la misma senda se vuelve otra, desde el alba hasta el crepúsculo, si sabemos trazar ese camino nuevo con todos los sentimientos y sentidos enlazados en el mosaico. Nunca hay un mismo paisaje, por supuesto, como dice el escritor portugués.

Por esto, una de tantas formas de hacer camino podemos realizarla comenzando por las mismas palabras: el asturiano, en este caso. Todo ese *palabreru* que tienen los lugareños para nombrar sus cosas, y que, en ocasiones, nos cuesta hasta traducir al castellano. No encontramos un sinónimo, sin más, sobre la marcha; o, no digamos ya, encontrar equivalencias científicas, si no recurrimos a los expertos (botánicos, zoólogos, geólogos...). Y así y todo, como no les lleves la *plantina*, el *bichito*, la *pie-driquina*..., tampoco resultará fácil la traducción exacta, pues las variantes se multiplican en la riqueza léxica de cualquier zona regional.

Muchas páginas orales se pueden esconder detrás de cualquier palabra que un nativo nos suelte paso: hasta detrás de una simple *gabia*, un *glayiru de garachas* se puede abrir toda una pequeña gruta de estalactitas y estalagmitas, que no serán Altamira o Tito Bustillo, pero que nos pueden hacer pasar un buen rato en las entrañas de unas simples calizas. Para

ellos, solo fueron cobijo o sesteo de animales; pero, para el que lee con otros objetivos, todo un libro se puede abrir de golpe, con el riesgo de cerrarse para siempre entre las zarzas.

Una lectura multidisciplinar, hasta con las nuevas tecnologías en la mochila también, al lado del bocata

Porque un paisaje, para leerlo al completo, hasta conviene deletrearlo entre todos; por lo menos, cuando pateamos sendas, calles urbanas o *caleyas* —lo mismo da—, con el prisma que nos ofrece el color de la tierra. Y nada mejor que comenzar la lectura por lo más sencillo: por la misma palabra, la voz *paisaje*, que solo significa «país, territorio habitado» (lat. *pagus*); es decir, el producto del terreno con la voz de los paisanos y paisanas que lo fueron diseñando verbalmente desde remotos tiempos preindoeuropeos. Con sus palabras asturianas —léxicas sin más, o toponímicas— podemos entender un poco mejor ese gran libro abierto con todas las asignaturas al alcance de cualquiera.

Un paisaje, con suelo, pero con cielo en paralelo, pues incluye desde la senda que pisamos hasta muy por encima de las nubes que nos acompañan más altas; o nos dejan empapados un día de lluvia. Todo es paisaje. Y por ello, porque es muy amplio en espacios y en tiempos, tiene larga historia y mucho que contar; precisamente por eso, la lectura conjunta entre unos y otros resulta hoy más que nunca imprescindible, una vez que se van, poco a poco, los lugareños de sus pueblos y sus brañas. Aunque nunca se irán del todo: siempre estamos un poco a tiempo. Tenemos todavía la suerte de seguir comprobando cómo unos cuantos jóvenes —o ya no tan jóvenes, incluso— siguen retomando esos ecos escuchados todavía a lugareños por brañas y mayadas.

Y hasta con técnicas renovadas: porque montañeros como Alejandro Zuazua o Víctor Delgado, ya no llevan en la mochila solo el bocata o la cantimplora, sino el ordenata, y sus programas al par del GPS, para posicionar —geoposicionar, que dicen los más técnicos— con precisión absoluta, un nombre escuchado a un paisano; una edificación derruida, un manantial a poco de esfumarse entre las zarzas. Miles y miles de nombres van quedando con su posición exacta entre los *traks* y los *waypoints* de estos montañeros fundidos con mucha ilusión y trabajo sobre el paisaje asturiano.

Hasta las palabras de un paisaje (léxicas o toponímicas) se visualizan mejor con los recursos del 3D sobre el mapa virtual

Como otros jóvenes que siguen en sus tiempos libres y aficiones —etnográficas, etnobotánicas, etnopaisajísticas...— rastreando palabras, vestigios históricos, restos arqueológicos, funciones del terreno, etc.; y pasándolas a sus respectivos programas y recursos digitales en cada caso, con objetivos diversos: tesis, máster, proyectos fin de ciclo, blogs, webs... Resulta muy grato comprobar cómo desde la otra *fastera* vecina de estas montañas, Ignacio Prieto y sus colegas del grupo Xeitu y de la Universidad de León, continúan trabajos léxicos y toponímicos semejantes por sus tierras de Babia y Tsaciana, tan parecidas a las nuestras en las palabras.

Como novedosa, muy didáctica, multidisciplinar, resulta la idea de Jesús Lana Feito de comenzar a releer sus valles somedanos del Vatsé y L'Auteiro, ahora con las técnicas de posicionamiento de las palabras, los símbolos, las explicaciones, los colorinos... que le permiten los recursos digitales en 3D, y el servicio abierto y gratuito de Google Earth; una gran idea del somedanu, y un muy agradecido servicio del programa. Los resultados a la vista —y a clic de ratón— están; pues basta comprobar las repercusiones de posicionamiento web, que ya se aparecen en Google y compañía, solo con teclear la novedad. Muchas aplicaciones, tan prácticas y sencillas, se pueden derivar de esta experiencia tridimensional que va mucho más allá de algo somedano y local.

Otros colegas siguen pateando pueblos, senderos o montañas con resultados tan prácticos y necesarios como investigación oral en estos tiempos críticos del poblamiento asturiano más disperso. Es el caso de Antonio Álvarez, con su minucioso estudio etnográfico, somedano también; Luis Aurelio González Prieto, con su incansable escrutinio del patrimonio histórico y minero; Santos Nicolás, Cristian Longo, Luis Manuel..., con sus montañas tan pateadas palmo a palmo durante muchos años; o David Ordóñez, con sus estudios sobre la arquitectura popular, traducida a topónimos en ocasiones, también. Toda una generación de investigadores a pie por los senderos, siempre respetuosos con el lenguaje de los nativos y con el lenguaje del suelo. La documentación oral en complemento de la otra escrita, cuando existe en estos casos.

En definitiva, una nueva remesa de aportaciones que se suman ahora con los recursos digitales que permiten OziExplorer y tecnologías semejantes; una ocasión más para completar, desarrollar, matizar de forma enlazada, los trabajos, las investigaciones, las publicaciones de tantos otros y otras, que las llevan haciendo desde lustros atrás (por citar solo algunos: Guillermo Mañana, Elisa Villa, Manuel Claverol, Tomás Díaz...). Las estaferias de siempre, ahora en plena efervescencia virtual.

Palabras, sensaciones... por ambos lados de cualquier senda

Volviendo ya un poco más al título de la charla, por las sendas de las palabras, podemos, en consecuencia, hacer muchas andaduras también; el léxico asturiano es componente imprescindible del paisaje: sin él, nos quedaría por leer una buena parte de todo ese mosaico que vamos pateando, en cualquier época del año, desde las mismas costas del mar hasta los riscos cimeros de las montañas. Porque el léxico, las palabras que usan, o pusieron los lugareños al terreno para entenderse, forman esa otra parte inmaterial del territorio que observamos, escuchamos, leemos en el mapa de la ruta; saboreamos, tanteamos en la piel, desde la cabeza a los pies.

Y, así, cada mañana o cada tarde, por las calles de la ciudad, por las *caleyas* de los *tsugares* o por las cumbres divisorias al filo de los valles, aun sin pretenderlo, vamos levantando palabras al ritmo de nuestros pasos, y al estímulo de sentimientos y sentidos que se van sucediendo en la andadura: *murias* centenarias, *llosas*, *tsábanas* milenarias, *corras* y *cuerrias*, *finxos*... aromas, sonidos, zumbidos, silbos, chasquidos..., justo al lado o en la distancia; o disimuladas *gabuxas* entre las breñas, *carápanos*, *solanas* o *aveseos*, estrategias de *marabayos* o sendas y caminos que serpentean entre las peñas o al filo de la *rena* por cualquier cordal divisorio, desde las vías pecuarias más remotas, pasando por pedreras con *balatas*, hasta estos mismos días en que vamos caminando ya bastante más sosegados.

Cómo un simple *picu* pudo dar lugar a una larga historia de sentidos y sensaciones colgadas por el que va de paso

Pues, ciertamente, un simple *picu* en boca de nativos (sin más adjetivos ni adyacentes al lado) puede enlazar muchas páginas —orales y

escritas— de toda una historia milenaria detrás: y otras tantas asociadas, interpretadas, por los viajeros que fueron pasando con los siglos, año tras año, moda tras moda... Porque las palabras, por reducidas que resuenen en fonemas o grafías, pueden contener un espacioso contexto multicolor —multióptico— alrededor. Desde un sentido inicial concreto de la palabra en boca de usuarios remotos, se fue pasando a otros muchos añadidos semánticos, gráficos o fónicos, inevitables en ocasiones. Por eso, en unos tiempos con tantos cambios a toda prisa, no estaría de más volver, de vez en cuando, a ese sentido original que siguen transmitiendo tantas palabras, relegadas demasiadas veces a un uso lugareño, y poco más.

Simplemente porque en muchos casos esas palabras, casi en desuso, nos están informando a voces de ciertos valores patrimoniales (materiales o no), que darían lugar a muchas páginas para la historia local de un paraje. O, simplemente, para disfrutar de los detalles que van levantando los sentidos y los sentimientos de paso, por mucho que hoy se encuentren entre el matorral o la indiferencia oficial; o rodeados de cemento, colorinos y folletos de informaciones interesadas, manipuladas, tan contaminantes en ocasiones. La contaminación verbal se combina con los plásticos y los vidrios rotos por los hayedos, o por las esponjosas camperas demasiadas veces. Palabras y paisajes fueron siempre indisolubles: dos caras de la misma moneda de valores, también en este caso.

1. UN PAISAJE VERBAL A LA VISTA

Cuando me levanto siento el calor del sol,
y cuando vuelvo al campo
siento su verdor;
a mí, como a ti,
me da la claridad;
un ciego no vive en la oscuridad

(José Feliciano)

Podíamos comenzar este paseo visual por las palabras asturianas, haciendo el primer alto en cualquier punto del camino; por ejemplo, a las mismas puertas de Oviedo. Esta primavera tuve la oportunidad (el privilegio y el tiempo) de seguir por unas cuantas horas tras las palabras

y los pasos de Tomás y Manolo Claverol por las laderas del Naranco. Muchas páginas multidisciplinares se fueron abriendo toda la mañana a cada paso de la andadura; páginas nuevas para mí, a estos años, con tantas veces que habíamos subido al monte en tiempos de estudiante. Pues, la verdad es que había oído yo campanas, pero nunca las había escuchado tan cerca. Sirvan estos y otros ejemplos de andaduras parecidas.

[NOTA previa a las explicaciones que siguen: los textos de cada apartado son el resumen de los comentarios orales sobre cada una de las 89 diapositivas de PowerPoint, expuestas en la conferencia de apertura.]

El pozu la nieve, el llavaderu

Ciertamente, había escuchado alguna vez que en el Naranco había pozos de la nieve, pero, con la imagen del *pozu nieve* en las montañas (simple oquedad natural, sima, con nieve perpetua, *neveru*, todo el año), siempre me había imaginado una simple cavidad rocosa en la que, siglos atrás, se hubiera acumulado nieve en época invernal; en aquellos inviernos bastante más cuerdos, cuando todavía nevaba, claro. La altura del Naranco tampoco inclinaba a pensar que fueran demasiado grandes, pues no se habrían de acumular los espesores de otros pozos y neveros más altos (Aramo, Urriellu, Ubiña...), que conservaban nieves las cuatro estaciones del año (ni siquiera lo pueden hacer ya tampoco en estos veranos ni veroños).

Nada que ver con lo imaginado: toda una ingeniosa y conservada construcción tan poco *asoleyada* a pocos metros de la ciudad misma; muchas páginas abiertas entre aquellas tupidas paredes de cantería tan bien ensambladas por canteros, dan para una reflexión o asignatura cualquiera: geografía, lengua, cambio climático, economía, geología, botánica, hidrología; o artesanía, arquitectura, dibujo, arte..., resonancias acústicas, musicales, el canto de los *páxaros* en el bosque...; muchas sensaciones delante de una impresionante construcción centenaria a pocos minutos del coche, sin fatigarse *migaya*. En parte, ya recogido y divulgado por aficionados y estudiosos del tema. Pero novedoso en muchos casos, lejos todavía de las aulas, los talleres culturales..., a pesar de las escasas distancias.

Como descubrimos también por la senda más boscosa que serpentea por San Miguel de Lillo arriba hacia la Fuente los Pastores, el Llavaderu, sin duda conocido por muchos, pero sin divulgar demasiado tampoco: a otras tantas reflexiones, dentro o fuera de unas aulas, desde primaria al proyecto fin de ciclo o de máster..., podría dar lugar el precioso *llavaderu de pueblu*, protegido ya más bien solo por su sólida construcción, y por el respeto lugareño hasta la fecha; un *llavaderu* que unifica paisaje social, paisaje rural/urbano, paisaje botánico, económico... de simple y muy arraigada interacción comunitaria (*comuñera* en el *palabreru* local) entre los núcleos rurales y los urbanos.

Y, no por casualidad, el *llavaderu* a la falda de un monte de raíz indoeuropea **nar-* (agua), presente en tantos otros ríos y manantiales más allá de estas montañas; hay Fuente'l Naranco, en los altos del Puertu Ventaniella (Ponga), vertiente ya de La Uña; Vega del Naranco (Espinama, Cantabria), Arroyo del Naranco (puerto San Glorio, vertiente de Palencia), y semejantes, unidos por la raíz y por las aguas.

Con el detalle de unas simples *fueyas de quexigu* al par de la senda; o tras el valor BIC de un camerín silenciado al paso de un *camín* francés

Los ejemplos de detalles semiolvidados al par de una senda, o no suficientemente *asoleyados*, se multiplicaron aquella mañana con los expertos anfitriones. Sirva uno más: las *fueyas del quexigu*, el quejigo castellano. Otra página de sorpresas y misterio para los profanos, pero con muchas explicaciones científicas detrás; ¿por qué no se caen las hojas del arbusto en todo el invierno?; secan, pero no se desprenden hasta la primavera.

Escuchamos la explicación a Tomás: el arbusto, de clima mediterráneo, necesita proteger la humedad necesaria hasta que brote la nueva hoja con savia suficiente para crecer segura; solo entonces, se deja caer la que ya está seca. Son las hojas *marcescentes* (o *marcentes*): marchitas, pero que se conservan al mismo tiempo; ellas, con todo su ramaje en el arbusto, suponían el alimento del ganado muchos meses al año; tal vez por ello, lleva el nombre científico de *Quercus faginea*: en realidad

«roble comestible, o algo parecido». Muchos topónimos, antropónimos... para recordarlos.

Muchos otros ejemplos podríamos seguir enumerando sobre detalles ocultos a primera vista en otra ruta cualquiera, por pueblos de montaña; pero con un significado local, tal vez origen de otras páginas sin escribir todavía. Por citar uno al azar, sería el caso del llamado Camerín de Bendueños (Lena): una pequeña capilla en el interior de la iglesia del pueblo (El Santuario), cerrada al público durante muchas décadas, por lo que se llegó a identificar un el *trasteru* sin más al par de la sacristía.

Muy deterioradas por los años, por las telarañas, las goteras... aún llegamos a tiempo para contemplar unas pinturas novedosas en las cuatro paredes en torno al altar de aquel rincón silenciado, tras el altar principal de la iglesia: figuras negras (tipo ángeles, indígenas de las Indias, santos, etc.), motivos ornamentales del Paraíso... Ya Agustín Hevia Ballina las hacía citado en alguno de sus estudios; y ahora las declara BIC la Consejería de Cultura y Patrimonio del Principado. *Asgaya* lo agradecemos a los dos desde la asociación y revista *Vindonnus* de Lena; y a los esfuerzos de David Ordóñez, que dirige la revista y la asociación *Vindonnus*.

Cuerrias, corras, currietsos...

Al paso sosegado por las camperas, o por las sendas de lomas y picachos menores, podemos topar de lado con formas circulares que resuenan centenarias entre el *palabreru* asturiano. Es el caso de tantos cercos de piedra, con matices y relieves diversos; y con sus funciones específicas en cada caso. No son todas iguales, ni sirvieron para lo mismo, por supuesto: pudieron ser simples corras de castañas, antiguas cabañas derruidas, *veyares* del ganado menor... Pero, también, cimientos desdibujados de castros derruidos; *castiellos* estratégicos en los altos; documentados algunos por diversos arqueólogos, a partir de J. M. González, sobre todo.

La prueba es evidente: lugares que se llamaron El Castiellu (caso de Cellagú, a las mismas puertas de Oviedo), fueron arrasados por simple indiferencia al decir de los lugareños; si le llamaron siempre así, sería porque algo habría que justificara el nombre. O es el caso más reciente, si cabe, de Currietsos de La Carisa, sobre la vía romana: ni las corras que

lleva el nombre quedaron para contarlos; entre las investigaciones frustradas de más diez años por aquellos altos, ni siquiera de forma aproximada podemos contemplar dónde ni cómo eran las construcciones castreñas del conjunto. Ni una sola corra sobrevivió para contarlos.

Y se libraron por poco los cercos de piedra que sobreviven en El Cantón de Tsagüezos, sobre La Cotsá Propinde y Pendilla (casi una docena): solo la voz de los vaqueros y pastores, afirmando que allí nunca hubo cabanas ganaderas, hizo posible las rozas recientes para ver siquiera los cimientos milenarios. Aquí llegamos a tiempo. Al lado está La Cotsá los Corriones, que, de momento, sigue rodeada cada año un poco más por las malezas, justo al paso de la *calzá* romana auténtica (sobre la pista actual); allí se dibujan otros cercos de piedra semejantes, hasta la fecha sin investigar tampoco. Pues, gracias a las malezas, una vez más, las seguiremos llevando en la retina y en la *dixital*. Como llevamos *las cuerrias* y *las murias* en los *barciales* de Ampueiros, poco más allá (por cierto, «lugar comercial», en su etimología).

En definitiva, cuando encontramos de paso esos cercos de piedra entre praderas lisas, o entre malezas espesas, al par de cualquier senda, podemos pensar que, por lo menos en la palabra, su historia es antigua: se dice que de la raíz celta, **kor-r-* («construcción circular, cercado»), con tantos derivados léxicos y toponímicos en asturiano.

Simples *morrillos* derruidos, *urias* milenarias

En otras andaduras, toparemos de paso con lo que los nativos llamaron siempre *morrillos* a secas: piedras mayores o menores, en formas más o menos organizadas, que tuvieron la suerte de no haber sido destino de paredes, *pareones*, construcciones ganaderas, o no ganaderas, del contorno. En muchos casos, se conservaron por simple respeto al nombre que le dieron los lugareños. Algo es algo.

Es el caso del dolmen de Padrún (versión lenense), cementerio de Carabanés (versión allerana), al par de la vía romana. Allí siguen, de momento, estas grandes piedras —unas plantadas, otras tumbadas—, que ya estudiaron varios arqueólogos, pero sin más divulgación, ni protección, que su discreta distancia e indiferencia al paso por los caminos

y pista todoterreno al lado. Es el caso también de tantos túmulos, *fitos*, dólmenes... que sobrevivieron a la reutilización de materiales ganaderos o urbanitas, por falta de estudios y de información al alcance de todos. Los Fitos, La Campa los Fitos, La Campa Santa Cristina (Maraviu, Terverga), son un buen ejemplo.

Una peyera de pastores, o una simple piedra tallada indescifrable hasta la fecha entre las zarzas

Muchos detalles podemos levantar con la mirada, a poco que la detengamos a contemplar tanto paisaje bucólico. Es el caso del banco de fósiles acumulados en la *peyera* de los pastores de Belbín (al otro lado del llagu Ercina): toda una mesa en piedra gruesa rojiza (metro y pico de larga, por casi otro de ancha), con cantidad de moluscos reducidos a formas tan pulidas y lisas, con tantos lustros de uso por parte de los pastores; en la *peyera* de la cabaña se colocaban los *peyos* (los recipientes de cuero para la leche), hechos con piel (lat. *pellem*, en género masculino); como se usaban otros utensilios también para *jacer el quesu*, después del proceso diario, había que lavar y fregar cuidadosamente la piedra.

El resultado lo contemplamos tantos siglos después, transmitido y respetado por los pastores de Belbín: esa mesa tan pulida, brillante, raída, que se diría tallada con cientos de fósiles marinos; como si un pequeño banco de moluscos hubiera quedado atrapado allí, en la misma *mayada*: redondeados, denticulados, aserrados, concéntricos, cuneiformes, espirales, espinosos... Hay otras peñas con fósiles parecidos, pero difícil encontrar tantos concentrados en tan poco espacio de una simple mesa, de uso pastoril. Un verdadero museo arqueológico al aire de Los Picos.

Otras piedras con tallas milenarias podemos disfrutar con un poco de suerte. Es el caso de la llamada Rueda de Furniellos por J. M. González y Manuel Mallo: publicados los supuestos de estos investigadores en 1970 (*La Nueva España*); ellos lo definen como un conjunto de antropomorfos (redondeados, con cruces, en aspas) acumulados también sobre una piedra gruesa en el camino antiguo entre Pendilla y Propinde, por la calzada romana (vía pecuaria —dicen los pastores—), que asciende a La Carisa; todos ellos ya muy gastados por el clima, y que solo fueron catalogados

hasta la fecha por estos amigos, sin poder aventurarse a una definición completa (simbolismos, tipología, función de estelas milenarias...). Ahí sigue Manuel Mallo para contar más detalles.

Los vieyos y las vieyas, mucho más allá de los ancianos...

Pasamos, pisamos, escuchamos en ocasiones nombres como La Vieya, La Calzá Vieya, Vegavieyos, La Fuente Vieya, Folavieya, Parada la Viecha, Brañaviecha, Brañivieya, La Mayada Viecha, Cimbavieya, La Canal Vieya, La Canal de la Vieya... o si volteamos la montaña por las vertientes regionales vecinas, seguimos caminando por otros parecidos: como Vega los Viejos (Tsaciana), L'Altu las Viechas (Degaña), Bonviejo (Busdongo), Peña Vieja (Cantabria), etc.

Tiene el adjetivo varias referencias a la propia antigüedad, respecto a otras más recientes (braña, fuente...), pero en su mayoría se refieren al paso de una calzada o camino antiguo; normalmente más alto, que, con el tiempo se fue trazando más bajo, a media ladera; para terminar abierto por al fondo del valle, una vez roturado el boscaje, rotas las angosturas de las peñas (Entrepenas, Penasxuntas...) y canalizados, por fin, los ríos en zonas más inundables por llerones y riberas.

En algún caso, el olvido del adjetivo conduce a esa contaminación verbal que leemos en tantos folletos elaborados desde un despacho con intereses muy diversos pero nada ecológicos, por cierto (la desinformación, la mala información, contamina también): así se llegó a señalar como Vía Romana de La Carisa, lo que es solo una pista todoterreno abierta en los años 70-80 para la extracción del carbón entre los altos lenenses y alleranos. La vía originaria, *el camín real viiyu* sigue a unos cuantos metros más alto, al filo de la cumbre; en parte conservada la pradera verde de la caja; y en parte, recubierta de brezos y *peornos*, pero con el nombre tallado en el paisaje verbal de los nativos, para contarla hasta la fecha. En muchos tramos nada que ver con lo que se llama calzada romana hoy en algunos folletos; simplemente, *el camín real viiyu*.

Más abajo ya hacia Carabanzo, el adjetivo toma el género femenino (tal vez por ser más espaciosa, en terreno más apacible), por los *praos* de La Vieya, con la caja de la calzada bien perceptible en fincas hoy

privadas, por las razones que sean. Pero sigue el nombre respetado por los lugareños que, en el trasiego, hasta lo podían hacer disimulado —y transformado, por falta de información, investigación a tiempo, etc.—. En la mayoría de los mapas, ni se cita el lugar de La Vieya, tal vez por prejuicios y falta de información asturiana.

Las torres, las mesas, las cabezas y cabezos, los güeyos, los gargüelos, la rena..., otras metáforas visuales del suelo

Muchas descripciones figuradas podemos contemplar hoy desde cualquier senda urbana o montaraz: el mismo cuerpo humano está tallado en el paisaje desde la cabeza a los pies. Nombres como Los Cabezos, La Cabeza l' Agua, Las Moñetas, Pena Cabello, Los Güeyos del Jungumia, El Ceyón, Valdenariz, La Boca los Asprones, El Diente Urriellu, La Tsingua, Pescuezu Pardu, La Garganta del Cares, Gargalois, La Llomba, La Manona, Piedeloro, El Tacón, La Ren, La Rena, Los Renorios, Pieferriiru, Pideloro, Piedelasierra, etc. En algún caso, se trata de simples interpretaciones populares desde otras referencias en el origen pero que los nativos renombraron con el símil corporal por ser más expresivo. Era su versión del paisaje traducido a sus palabras.

Otras veces, el lenguaje metafórico siempre acompañaba a los vaqueros y pastores en la distancia de las brañas, que nunca olvidaban los utensilios, los enseres entrañables de la casa: La Mesa, La Maserina, La Maserona, La Cabeza la Mesa, Mesa Llana, Cueva Masera, L' Arca, La Cocina las Armaduras, La Fuente los Cocines. Y hasta La Riega'l Platu, El Mayéu'l Pletu, La Escudietsa, Los Vasares, La Fuente'l Vaso..., transformada en La Fuente'l Beso, La Fuente los Enamorados... La poesía misma (el sentimiento del paisaje) desde las caleyas a las mismas mayadas veraniegas. En ocasiones, solo reinterpretación a su modo de raíces prerromanas, con referencias reales muy distintas. Siempre, paisaje interior y paisaje exterior traducidos a palabras.

Finalmente, en otras ocasiones escuchamos voces que nunca sabremos del todo si tuvieron el sentido que aparentan, o solo el que imaginaron los nativos. Es el caso del Picu Torres, Torresanta, Torrecerredo, Torreblanca, Torrestío, La Torrezuela... o es el de tantos Castiellu, El Castiellu, Los

Castillinos, Peña Castil, O Pico o Castelo. En algunos, quedan restos de corras reducidas a cimientos en la pradera o entre la maleza, con evidentes recintos castreños defensivos; en otros lugares más escarpados, bastarían los mismos precipicios circundantes para protegerse, sin levantar un solo muro ni foso necesario; no haría falta alguna, contemplando aquellos abismos que *arrespigan* solo con mirar *pa ellos*. Y, algunos, ni siquiera eso: los imaginaban verdaderos recintos inalcanzables a personas ni a ganados en sus tiempos, tan lejos del montañismo posterior. Simples castillos recortados en el aire.

Hasta que columbramos, trascombamos..., el visu en la andadura

Este criterio de la altura, la vigilancia al paso por las cumbres, la necesidad de ver y no ser vistos, se mantiene viva en el registro vaquero y pastoril, a poco que caminamos pegados a las albarcas, o a las corizas y escarpinos de los nativos tras el ganado. Así, es frecuente que, al llegar a un alto divisorio tras prolongada subida, los pastores no digan, simplemente, «ya llegamos, por fin subimos»; sino, por fin *columbramos*: es decir, llegamos a ver (vislumbramos) de forma completa desde lo alto, en todas direcciones —término que interpreta con dudas Corominas, tal vez desde el lat. *cum illuminare, colluminare* («con iluminación»)—.

Es decir, culminamos la subida para controlar el terreno desde la cumbre; lat. *columen, culminem, culminare*; en todo caso, el destino es el dominio que ofrece la cima tras la andadura opaca y parcial de la subida. No se trata solo de haber llegado a un destino, sino de situarse de nuevo en la posición privilegiada que interrumpió por unas horas la opacidad parcial de la ladera. Siempre la visión como criterio para el control del territorio —toda la redonda—, que pertenece visualmente a cada uno.

Pero la palabra *columbrar* tiene su correlato posterior entre los mismos nativos: si seguimos camino, no vuelven a decir «continuamos, seguimos ruta», sino *trascombamos*; es decir, «pasamos al otro lado de la cumbre», dejamos la *comba*, la parte convexa: con lo que volvemos a la visión estratégica parcial (y poco deseable) que traíamos antes de *columbrar*; lat. *trans cumba* («valle»), a su vez, celta **k-m-*, **kum-b-* (curvo); por ello, pasamos al valle siguiente, dejando atrás la panorámica del alto.

Continúa, por tanto, en *trascombar* esa perspectiva de los altos en el léxico pastoril: en cuanto podamos, volveremos a columbrar.

La misma palabra *visu* es muy frecuente: un *visu* es un alto divisorio desde el que se controlan parajes muy opuestos; un auténtico mirador imprescindible en los usos pastoriles con el ganado. El Quentu'l Visu, El Picu'l Visu, El Visu la Grande, La Sierra'l Visu, etc. Ejemplar es Tresviso: nombre puesto con precisión de GPS, justo detrás de la prolongada cadena divisoria de los altos asturianos y cántabros, entre los puertos limítrofes de Obesón y Tajadura, con el valle de Urdón. El mismo nombre de Tajadura, ya bien describe los precipicios —los tajos abismales— a uno y otro lado (y, si la *nublina* ciega te coge por allí arriba, ya ni te muevas hasta que escampe; como diría Lope de Vega, «quien lo probó lo sabe»).

La piel, el corazón, la mirada, los güeyos del árbol...

Al par de los senderos por el bosque más espeso a veces, la lectura de un árbol nos puede detener un buen tiempo, más allá de la *dixital* y las *semeyas*. Por ejemplo, sus dimensiones: unas matemáticas sobre la marcha —con el metro en la mochila, si acaso (tampoco es imprescindible)— nos ofrecen unos datos; algunos espectaculares en estos tiempos: 7'90 m en circunferencia (nos imaginamos metro y mucho en diámetro) sobre 30 en altura; lo acariciamos un buen rato: sus arrugas centenarias, sus raíces robustas, sus ramajes al cielo. Nos fuimos con el roble en la retina, y con la cámara a resguardo en la mochila.

Más difícil ya la edad; pero nos conformamos con otras cepas que encontramos taladas: tantos aros, tantos años; y en algunos casos, hay para contar buen rato, con tantas líneas que se van juntando o separando según las circunstancias de cada año (lluvias, sequías, cortes de cañas, oquedades, enfermedades pasadas, etc.); hasta varios cientos tenemos contado (no sabemos si hubo razón para talarlos). O el corazón del árbol: el centro de los aros no tiene por qué estar justo en medio de la circunferencia, ni mucho menos.

En ocasiones, si el árbol estaba orientado al norte en una ladera pendiente, sin sol por esa parte en todo el año, el corazón está casi pegado a la corteza: con los aros muy juntos por ese lado, casi imposibles de

contar, pues apenas crecen con el frío; por la otra cara, todo lo contrario: la parte más soleada, con la piel más fina, la que miraba justo al sur, a más distancia de la corteza; con los aros muy separados, fáciles de contar; la madera crece por esta cara y es de mejor calidad. Muchas lecciones aprendidas de los ganaderos, hasta fuera de programa.

Los lugareños valoran bien la distinción de la madera, y así la van seleccionando una vez *cuartiá* (rajada en cuatro cuartos): la madera que daba al norte es mala de trabajar: brava, quebradiza, que astilla con facilidad, que dura menos, por ser más húmeda; la que miraba al sur, la soleada, muy noble, buena de pulir o moldear, más resistente al tiempo, más seca, duradera.

Las cañas del árbol, la sombra, el musgo..., la brújula improvisada

En definitiva, el árbol sabe bien hacia dónde dirigir la mirada, según la inclinación, la orientación y la posición en que nació respecto a la salida y a la puesta del sol. Basta observar el detalle: hay árboles gruesos, altos, con unos cuantos años ya..., que desarrollaron todas las cañas (a veces, todas, pero todas...) justo al sur, al sur-sureste, al sur-suroeste... y ni una sola caña al norte, nor-noreste, nor-noroeste...; por tanto, una cara, completamente lisa; y la otra, con abundante ramaje, grueso, cargado de frutos en el caso de las fayas, los robles, etc. Bien sabe hacia dónde abrir los *güeyos* el árbol, ya desde los primeros rayos del alba. De ahí la selección experta de la madera: *la tiez de la solana* —que dicen los lugareños—, sobre todo, cortada en los menguantes (de setiembre y enero, en especial).

Y, por supuesto, a falta de brújula, GPS, pilas agotadas, sin móvil, sin cobertura para uno u otro..., la dirección norte nos la marca el árbol, por lo menos aproximada: hacia donde señalan las cañas, el sur; la contraria, el norte; podemos completar la brújula tan improvisada, con algunos detalles más: un musgo verde más intenso suele pegarse a las piedras, las partes más sombrías del arbolado, las vertientes del arroyo; el musgo verdoso, en orientación contraria a las cañas más abundantes del árbol, las más soleadas; al norte, casi siempre, el musgo.

La solana y l'aveséu de las mayadas: el tacto de las cabañas

Palabras como *solana*, *visiegu*, *aveséu*, *visíu*..., están muy arraigadas en el léxico ganadero: los mejores productos (maderas, escanda, pastos, etc.), los que miran al saliente, al sol; los de peor calidad, al poniente, al norte. Pero hasta la misma posición, distribución y orientación de las cabañas está marcada por el recorrido del sol; observaremos que muchas están distribuidas de forma que unas nunca quitan el sol a las otras, hasta formar un semicírculo a veces; o que las puertas se abren más bien al sur, sur-sureste, sur-suroeste; casi nunca al norte (la braña de La Pornacal somedana es un buen ejemplo, si se contemplan desde un alto cercano o desde enfrente).

Y se observa también en las casas de muchos pueblos: los *correores*, las puertas, los balcones... mirando al sol, en la medida de lo posible. No todos tendrían el privilegio de elegir solar tantas veces, por supuesto. La sabiduría popular llegó al extremo de los matices: me explicaban una vez un *allerán* que los más pudientes elegían solar para hacer la casa el cinco de enero, o a principios del mes; y me daba la razón: donde da el sol en cinco de enero, da todo el año; la calefacción asegurada, la luz de la casa tantos siglos antes de la eléctrica, los alógenos y derivados.

Así se calculaba bien cuál era la casa más antigua, la del ricachón, la del fundador del poblamiento (bien lo podemos comprobar en directo a la hora adecuada, o en estación invernal; o lo preguntamos a los lugareños): la casa fundacional será aquella donde diera primero el sol por la mañana, bien temprano, y donde más tardara en quitarse a la tarde. La que más sol tenía por el día y todo el año era la del que había podido elegir, por las razones que fueran (poder, posesiones, privilegios...). El resto, en proporciones ya menguadas —hasta escalonadas—, las iban levantando donde podían, donde les dejaban: al *aveseo*, en las pendientes, etc. Toda una organización de las caleyas marcada por el ciclo anual del sol y de las sombras.

Hasta tenían las brañas una cabaña precisamente con todas las condiciones contrarias: la *otsera*, la que estaba dedicada a conservar los productos toda la semana. Es ejemplar la cabana El Corro Veneranda en la braña tevergana de Las Navariegas: subiendo por la vaguada, hay unas

catorce cabañas a la derecha, todas con las puertas al sur; en cambio, una sola a la izquierda, justo enfrente, y con la puerta mirando al norte; detrás había un pequeño manantial que se aprovechaba dentro para mantener frescas las *otseras* (las ollas de la leche, las lecheras, las *firidoiras*...).

Y así se conservaba fresca la leche hasta que se mazaba, se hacían las *manteigas*, las *cuachadas*... y Veneranda las bajaba al problado cada semana, de forma comunitaria. Solo el nombre ya merece un homenaje: a la solidaria paisana, y a la economía lugareña llevada al extremo del ingenio y de la comunidad brañera. La tertulia en aquel bar de La Foeicha con aquellos homes y muyeres del pueblu tan hospitalarios: otra velada inolvidable tras el café de pote aquella tarde al descenso de la braña.

2. EL SONIDO DEL PAISAJE

¿Por qué murmuras, arroyo?
¿Y tú, flauta, por qué cantas?
¿Qué bocas duermen en la
sombra del aire y del agua?

(Juan Ramón Jiménez)

De senda en senda, vamos leyendo el paisaje, no solo con la mirada a uno y otro lado de la andadura: escuchamos al tiempo, el suelo y el cielo; pues si amenaza lluvia, tormenta, el panorama se extiende a los sonidos: hasta el silencio puede *arrespigarnos* un poco, si en un momento todo se queda mudo, y estamos a buena altura entre los riscos de unas peñas; o perdidos en medio de una campera inmensa con la niebla ciega a ras de suelo: el paisaje que suena².

Necesitamos sonidos, ruidos, pasos, ganados, chasquidos entre el ramaje... que nos hagan compañía aunque sea sin palabras; y que nos reubiquen de nuevo, como hace ahora el GPS (si tiene cobertura, si le quedan pilas, etc.). Como apreciamos que los nativos nos recuerden los

² CONCEPCIÓN SUÁREZ, Julio: «El paisaje sonoro de Valgrande, allá donde nace el río Lena», *Magazinlena*, revista del IES Benedicto Nieto, Pola de Lena, 2011, n.º 0, p. 2. CONCEPCIÓN SUÁREZ, Julio: «Al murmullo de las aguas que fluyen de Los Picos. El origen de los nombres: ríos, riegos, fuentes, *llamazugas*...», *Vetusta*, n.º 62, Oviedo, 2001, pp. 8-10.

nombres de las cosas tal como ellos las escucharon desde pequeños. Los cambios vendrán después, no cabe duda; pero, mientras tanto, preferimos caminar entre las palabras de cada paisaje concreto.

Porque, para escuchar al completo los latidos de un paisaje, hemos de atender a la voz de los lugareños: la escucha atenta de las palabras más espontáneas cuando nos informan de una vereda, de una senda, de unos tiempos para seguir ruta...; esa escucha más fluida con la que nos van describiendo lugares, costumbres, arbolados, plantas, frutos...; o nos previenen de los riesgos de unas peñas, de los cambios de sus palabras por otras forasteras, que ellos nunca usan en poblados ni mayadas.

Cómo nos gusta escuchar el Picu..., a secas, Urriellu: sin naranjos cerca

Es un caso muy notorio de la confluencia de palabras en un mismo punto concreto del paisaje: el Picu es un ejemplo muy sonado de palabras transformadas con el tiempo; en todo caso, sacadas de su contexto etnográfico más significativo. Fuera del paisaje inicial que contemplaron los lugareños y matizaron con la palabra adecuada, el Picu Urriellu; o, el Picu, sin más, como bien gusta decir —y mejor, escuchar— a los cabraliegos.

Muy dolida se debía sentir la voz lugareña que se lamenta en esta copla, escuchada a una señora, ya muy mayor entonces, en Bulnes, hace años, sentada a la puerta de su casa, un día que tomábamos la senda de Camburero camino de aquellos altos:

Por qué me llamas Naranjo,
si naranjas yo no tengo:
llámame Picu Urriellu,
que es mi nombre verdadero.

No es esta ocasión para discusiones tan trilladas en diversas bibliografías, foros, redes, blogs digitales: solo la palabra en boca de los nativos. Pues, ciertamente, sigue intrigando hoy mismo la interpretación del topónimo. De un lado, esa raíz **ur-r-*, está presente en una extensa toponimia poco menos que universal —muy abundante en vasco, sin ir

más lejos—; por tanto ya preindoeuropea; por citar solo algunos más próximos, Urria (Teverga), los Urrieles (allí mismo), el Picu L'Urriu (Penamanteiga, Belmonte), Tsandurriu (entre Somiedo y Cangas), Orria (Aller, Lena...) y tantos otros.

La raíz suele asociarse a dos paisajes prerromanos posibles: la altura o el agua; ambos siguen siendo posibles en Urriellu; el sufijo diminutivo *-iellu*, lo justificaría: «una altura pequeña», teniendo en cuenta que son pocos metros de ascensión (unos 500 y poco, según las caras de la peña), por muchas horas que lleven de trepar; o «agua escasa», y tan escasa, que en todo el contorno casi se escosa en ciertas épocas. En aquella perspectiva de milenios atrás: una altura sin usos resultaría irrelevante, pues a nadie se le ocurriría subirla; para qué, si al ganado no le sirve para nada, no hay pasto en la caliza pura.

Porque aquello del Naranjo solo se escuchó mucho después

Del otro lado, el nombre puede llevarnos muchas horas en la subida; o extasiados al relax del crepúsculo; o en la tertulia tras el bocata, con una buena puesta de sol al fondo. El Naranjo de Bulnes es forma muy trillada, no cabe duda, por mucho que nunca haya pertenecido al registro de los nativos. Empezó a usarla, por confusión, y por lo visto, el geólogo Guillermo Schulz (1885) y se quiso justificar por varias razones: por una confusión con Naranco y por el color anaranjado de la peña; esa espectacular coloración intensa que se va volviendo progresivamente dorada, a medida que el sol descende en el horizonte y se oculta tras Los Albos y El Neverón (muchos estudios y discusiones sobre el nombre, que resume con claridad Elisa Villa³ en su artículo «Los nombres del Naranjo»). No es el caso de más pormenores aquí (ver J. Concepción Suárez, 2017)⁴.

Y expectantes al tiempo que la sombra va ascendiendo por la roca, hasta desaparecer del todo en el picacho, ya bien entrada la noche. Un espectáculo de colores que nos puede dar lugar a interminables foros de interné. En todo caso, el paisaje verbal de Urriellu —el nombre auténti-

³ VILLA OTERO, Elisa, «Los nombres del Naranjo», *Vetusta*, n.º 69, Oviedo, 2004, pp. 8-10.

⁴ CONCEPCIÓN SUÁREZ, Julio: *Diccionario etimológico de toponimia asturiana. Edición revisada y actualizada*. Hifer editor. Oviedo, 2017, pp. 945 y ss.

co— se extiende mucho más allá de la peña, de la escalada vertiginosa (solo para privilegiados), y de un refugio acogedor...; por lo menos, esa raíz *ur-r-, aplicada al Picu o a la Vega —lo mismo da— nos transporta mucho más allá de los romanos: preindoeuropea, para unos, euskérica, para otros..., el paisaje de Los Urrieles nos recuerda que fue lugar de paso ya muchos siglos atrás.

Así, entre palabras y *cávilas*, retomamos la senda que desciende hacia Pandébano, con el Picu y Urriellu en la retina, y en las fotos que ya van a resguardo en la mochila; de los naranjos, solo nos llevamos esos tonos intensos de la peña, en esa gama policromada que termina por diluirse del todo en el crepúsculo ya bien entrado. Hasta de los errores de un nombre tan a destiempo, sacamos mensajes que animan la vista y la andadura.

Cuando también tañen o retriñen las montañas

Es evidente que, siglos —milenarios atrás—, sin teléfono, sin brújula, sin whatsapp, sin GPS... no faltaban estrategias a los usuarios de cada territorio concreto, por precarias que fueran: a su modo, tenían establecidos unos sistemas comunicativos, incluso por las sendas más altas. Es el caso de tantas ermitas que sobreviven por las brañas, al filo de las cumbres divisorias de laderas y montañas: el toque de campana en días de niebla y nieves, resultaría la salvación del caminante extraviado, a la hora de reorientarse, una vez borrada la senda bajo la capa de nieve espesa; o perdida en la campera entre la yerba primaveral más espesa.

El repique de la campana de una ermita supondría la reubicación del GPS ahora: la dirección del sonido, por lejano que retumbara, llevaría en poco tiempo al albergue levantado, a la capilla, al monasterio. Muchos ejemplos asturianos, en los que incluso se mantiene la tradición actual de una fiesta al año, un pequeño mercado... Es el caso de La Capilla L'Arcenoriu (Ponga, «la Uña leonesa»), con su fiesta por setiembre arriba; y con otras funciones para mantenerse antes, pues suelen llevar nombres de un culto que alude a los acebos, a los fresnos, etc.; a lo que daba de comer a los animales y a los pobladores por ellos: habría leche, queso, carne... En este caso, las encinas (lat. *ilicina*, **arcina*...) habrían dejado su huella en el nombre del Arcenoriu; no está del todo clara la raíz.

La voz del paisaje podía resultar también providencial: sin home ni muyer del tiempu en la tele, el aviso de las peñas permitiría a los nativos buscar refugio antes de la tormenta. Es el caso del Retriñón: cuando *re-triñe* (resuena estridente, retumba) el trueno, entre aquellos valles altos alleranos más cerrados sobre la Vega la Valencia, los lugareños calculaban la intensidad, la proximidad de la tormenta...

Turutsar, reburdiar, otiar, enllover el ganao...

Los sonidos de la andadura en ocasiones pueden resultar la salvación también. Los animales tienen sus formas de avisar: por ejemplo, si un toro está *turutsando* (lanzando un mugido fuerte desde un altozano), puede estar marcando con su llamada el territorio que pretende controlar en ese momento; puede andar en celo una vaca de su rebaño. Entonces, no conviene cruzar demasiado adentro su recinto acotado. Pudiera echarnos fuera y habría que correr..., si él no corre más, claro. Sin *selfies* ni posturitas con el *torín*, claro. Y, con niños, ni pensarlo...

Este tipo de mugidos, bramidos, *reburdios*..., hoy se intensifican con la llegada en masa de los perros y perritas a los espacios del ganado suelto. Por las formas de mugir las vacas, se deduce fácilmente si tienen cría: en ese caso, ni acercarse a ninguno de los dos; la vaca va a defender la cría, atacando sin más al perro o a la perra, sobre todo si es mayor; incluso los va a confundir con los lobos que hasta esa misma noche pudieron darles guerra, y estar ellas muy alertas. El perro se va a refugiar con el dueño o la dueña: el desenlace puede ser fatal.

Por otra parte, el sistema de vigilancia desde los altos, con la escucha añadida, es la estrategia pastoril más generalizada: la costumbre de *otiar alreor*; perro y pastor se sitúan en lugar vistoso, pero donde se crucen también los vientos, donde haya corrientes de aire, pues así, aunque no puedan ver todos los recovecos del terreno a sus pies (pequeños valles, rincones, arroyos...), el oído puede percibir pasos, chasquidos, quiebra de ramas, carraspeos, respiración fatigada, etc. Y deducen entre los dos, en complemento armónico, los visitantes posibles: personas, animales, aves...

Y desde esa estrategia conjunta para la vista y la voz, se posiciona el pastor o la pastora para *enllover* (lat. *in claudere*), es decir, para reunir el ganado a una hora necesaria, por razones diversas; sobre todo, al atardecer, a la hora del ordeño, del encierro, o ante el peligro del *llobu*... Cada pastor o vaqueru lanza su chorro de voz articulada, que bien conoce el ganado en la distancia (hasta kms); este lo percibe, lo identifica y, comenzando por los más *vieyos*, se van poniendo en fila camino del emisor familiar. Saben también que, como premio, van a tener la sal en el lugar acordado. La comunicación completa, y a su modo, en la mayada.

3. EL PAISAJE DEL GUSTO

Tú
eres
tu presente,
tu manzana:
tómatala
de tu árbol,
levántala
en tu mano,
brilla
como una estrella,
tócala,
híncale el diente y ándate
silbando en el camino

(Pablo Neruda)

El paisaje tiene sabor, hay pocas dudas: biruéganos en primavera; *bruseles*, en otoño; *gabuxas*, *mostayas*, *carápanos*..., hasta el invierno bien entrado, animan el aperitivo tras del mediodía, si rastreamos un poco; y hasta una buena *fartura* de moras negras y brillantes a reventar en el *barcial* —o de arándanos— sustituyen sobradamente el bocata, por mucho que nos dejen dedos y labios como pintados de tinta china. Todo un diccionario de sabores se rastrea por el uso léxico lugareño, bien conservado hoy mismo entre los mayores de los pueblos, que patearon carbas y senderos tras el ganado, desde que rompía el alba hasta el crepúsculo. Sirvan unos ejemplos.

Biruéganos, bruseles, mostayas, gabuxas, almuerzas...

Pero todo a su tiempo y en sazón. Allá por la primavera arriba, al borde de los caminos, al filo de los hayedos, en los claros de los bosques, o en laderas soleadas, iban madurando los *biruéganos* (*Fragaria vesca*), *miruéndanos*, *avellótanos*, según las zonas: esas fresas silvestres, más bien pequeñas, pero tan sabrosas en unos tiempos en que no había más frutas en las montañas, que las ofrecidas por el medio; a veces, muy escasas, dada la altura, la nieve, el rigor de las peñas... Se comían de paso, se llevaban a las cabañas para el postre. Hoy mismo, las seguimos saboreando con mucho gusto.

Algo parecido ocurría con los *bruseles*, *birixeles*, *güespinos* (*Ribes petraeum*): esa especie de grosellas, parecidas a las uvas, pero mucho menos dulces, y más difíciles de pelar en el arbusto, siempre con abundantes pinchos. En las brañas, había que compartirlos con el ganado, con las cabras sobre todo, pues se dan entre las peñas, en zonas más bien calizas... Por esta razón, hoy quedan arbustos inaccesibles a la mayoría, encaramadas entre los riscos, donde ya no llegan los animales fácilmente: las que estaban en las praderas, las fueron royendo tanto que, en algunos casos, desapareció el frutal del todo.

Ya más por el otoño arriba, iban madurando las *mostayas*, *mostayeras*, *mostachas*, *almorzas*... (*Sorbus aria* L): el árbol destaca en la distancia, pues tiene la estrategia de ir girando las hojas por el envés, de forma que vaya recogiendo el sol por esta parte todo el día; una especie de girasol traducido a los rigores de la montaña. Sus frutos, más bien pequeños, rojizos, alargados, con abundantes pepitas, un *tantín* secos, tuvieron tanta importancia en los puertos para personas y animales que los recuerda la copla, escuchada en Vagabañu:

Si no fuera por las mostayas
de la Canal de la Vieya,
se morirían de hambre
los pastorinos de Amieva.

Con un dato más. Entre las mujeres *morciniegas* mayores, pervive la memoria de las *mostayas* sobre las mozas casaderas de aquellos pueblos a la falda de la Mostayal, topónimo no por casualidad allí: nos

dicen las mujeres en el pueblo que, cuando se casaba una moza por el otoño arriba, las otras amigas solteras le regalaban un ramo de *mostayas* maduras, rojas, relucientes; tal vez, como deseo de que nunca le faltara fruta que tomar de los árboles en sus andaduras pastoriles por las brañas y los montes; o por otras connotaciones también.

En el oriente asturiano, los pastores de Cuera les llaman *almorzas*, *almuerzas*, al fruto de *l'almorzal*, porque —dicen— antes se almorzaban cuando se iba al monte bien temprano. Tal vez, solo interpretación popular (la etimología puede ser otra), pero con un valor etnográfico, gastronómico, alimentario... indiscutible en aquel contexto rural de siglos atrás.

Hasta con el sabor más pastoso del carapanal

Más tarde, allá por el invierno arriba, podemos topar de paso con unos cuantos *carápanos* colgados de un *carapanal* (tal vez, *Mespilus germanica* L), aún casi deshojado por las nieves: pero allí siguen esos frutos a medias entre manzana y pera, más bien achaplados, con varias piedras dentro, pues se trata de una mezcla de peral y de espinera, resultante del injerto; un árbol que nunca faltaba en las caserías del monte, o en los poblados, pues sus frutos son muy resistentes al tiempo: pueden sobrevivir a las nieves y a los hielos hasta febrero arriba; cuando ya están muy maduros, se van cayendo muy blandos (*tsandios* —que dicen los lugareños—); y así ya se pueden comer, ligeramente sabrosos, aunque un tantín secos (como mermelada compacta; en verde son muy amargos). Pocos ejemplares ya para contarlos, pues no se injertan como antaño; solo topónimos para atestiguarlos: los *Carapanales* o la *Cadaparea* (árbol hoy en extinción, como algunos otros).

Blime, belimbre, salguera

De paso por los hayedos, contemplemos al final de las nieves los primeros brotes verdes del *blime*, el *belimbre* (*Scilla liliohyacinthus* L): esa planta de hojas en manojos, alargadas, de verde intenso, y flor azul en primavera; era muy vigilada por los ganaderos, pues gusta mucho a las vacas; a falta de otras yerbas más tempranas, la comen con ansiedad y hasta en exceso; entonces, la leche sabe dulzona, con gusto desagra-

dable, que ya no se podía tomar; por ello, la familia, advertía a los más jóvenes que cuidaran bien el ganado, de forma que las vacas de leche ni tocaran estas yerbas, a riesgo de, esa noche, ir a la cama sin cenar... Hasta la etimología es paradójica: mismo origen que la *bulimia*: griego, *boûs limós* («hambre de buey»); en uno y otro uso, humano y animal, necesidad exagerada de comer.

Sugestiva, novedosa hoy mismo, nos sigue impresionando la simple *salguera* (*Salix caprea* L) que florece generosa al lado de cualquier humedal, desde la orilla del río a los arroyos cimeros a la falda de las mismas peñas (el *árbol fema* —que dicen los lugareños—). La flor de la salguera fue, y en parte sigue siendo, remedio casero en infusión para el dolor de cabeza, la tensión o la ansiedad; el acetilsalicílico, traducido al prospecto de la aspirina. Más allá de la famosa Bayer langreana —y alemana al tiempo—, muchos topónimos para contarlos: Salceda, Salcéu, Lla Salguerosa, la Salgar...

4. EL AROMA EN LA ANDADURA

La naturaleza ofrece todo tipo de presentes capaces de complacer los cinco sentidos: el mar puede saborearse a través del salitre que queda pegado en el paladar, el bosque puede llevarse a casa evocando el perfume del enebro [...], el aterciopelado tacto de las hojas del bejeque ayuda a relajarse, y la silenciosa caída de la última hoja de un árbol ya desnudo se convierte en un espectáculo minimalista

Mónica Artigas, Álex Barnet

Xistra, abiyera, oreganina...

Más difícil resulta ya el privilegio de una senda perfumada con el aroma de la *xistra* cerca (*Meum athamanticum* J): un privilegio, ciertamente, pues la planta no se da en cualquier suelo: se espesa en las camparas de algunos puertos, y no en todos, ni mucho menos; puede florecer en zonas más bajas, a juzgar por topónimos sobre algunos pueblos, pero es poco frecuente: Les Conxistres, Xistreo, Xistras, Campa la Xistra... que bien justifican el nombre al roce con las chirucas por agosto arriba.

La xistra era muy apreciada por varios usos; las hojas, una vez secas, las trituran las muyeres y las fumaban envueltas en fueyas de maíz;

dicen que eran tranquilizantes, calmaban el dolor de estómago, mitigaban la ansiedad, etc. En las cabañas, tras las comidas, se masticaban los granos, pues dejaban un frescor y un gusto aromático —a falta de profidén, licor del polo, y similares, lustros atrás—; y, por supuesto, eran los *anisinos* para los niños, lejos de farmacia alguna en toda la redonda, ni en las brañas ni en los pueblos. Finalmente, hasta los mismos ganados la prefieren, como reza en la copla:

Los mejores puertos
son los que tienen
xistra, carralina
y pimpinela

Algo parecido ocurría con la *origanina* (*Thymus praecox* O): planta más pequeña que el orégano, con flor de violáceo intenso, muy aromática y vistosa por agosto arriba; la usaban mucho en las caserías de los montes y en las cabañas, las muyeres, sobre todo: se pelaba un buen manojo, se estrujaba un poco entre las palmas de las manos, y se iba frotando el cuerpo, cuando hacía calor intenso; dejaba un frescor muy relajante, que compensaba la humedad de la piel con aquellos trabajos a pleno sol yerbero y *agostiego*. Tampoco habría perfumerías en cada esquina del *prau*, claro.

Animan con su aroma la andadura otras muchas flores, sobre todo, si pasamos por el verano y seronda arriba, cuando están en su sazón. Es el caso de la *abiyera* (*Melisa officinalis* L): por algo la llaman *melisa* en otras zonas, tantas veces con alguna *abeya* alrededor en su *trabayu* de fabricar miel. Esta planta era muy vigilada por los nativos en cualquier pueblo, pues, en plena floración, esperaban pacientes a que llegaran las *abeyas*; observaban buen rato el vuelo buscando el néctar; y, una vez que retomaban la dirección al enjambre (en las peñas, en el tronco del árbol, en su colmena), las seguían hasta un punto; si las perdían, por volar más rápidas, no había problema: al día siguiente, las volvían a esperar en el punto exacto del anterior, y así hasta que terminaban por llegar al lugar de la miel. Muchos topónimos para recordarlas.

Truébanos, niales d'aviespas...

En otras ocasiones, la percepción del paisaje oloroso puede resultar bastante menos fragante, pero no por ello componente menor de la andadura: un simple aroma o aire hediondo nos puede cambiar el color del día. Es el caso del olor a miel, a *truébanu*, colmena cerca... Sabido es que las abejas tienen sus rutas marcadas, que siguen imperturbables a pesar de los obstáculos que se les puedan interponer. Si olemos miel, deduciremos que alguna abeja puede estar haciendo su trabajo entre la colmena y la fuente, el rosal florido, la pomarada en flor, las plantas medicinales en su apogeo veraniego. Solo con no interrumpir su dirección, quedamos todos acordes. En otro caso, la abeja llevará las de ganar.

Más disimulados suelen estar los nidos de las avispas: a veces ni huelen siquiera, ni se ve la entrada posible, ni obreras de ida y vuelta. Solo un manojo de fueyas muy tejidas, compactas, que forman una especie de colmena redondeada, ovalada..., puede indicarnos que se trata de una construcción demasiado bien hecha para que sea efecto del mismo árbol o del viento. Dentro puede haber un pequeño enjambre de avispas que, si se nos ocurre romperlo por curiosidad o por descuido, las consecuencias también pudieran ser imprevisibles. El paisaje sigue avisando, por tanto.

Porque el *airín* más repugnante a *culibrizu* traía también su información al par de un *senderu* o entre la yerba

Con peor, con bastante peor aroma dicen que avisan las *culiebras*, apostadas al par de una senda, entre el ramaje de un helechal o sobre una piedra tomando el sol amodarradas en pleno día de primavera. *Si güel a culibrizu, si vos vien esi tufín de las culiebras* —nos advertían bien las *güelas* de pequeños—, hay que *dir con cuidao*; si no se pisan, no suele pasar nada; pero hay que mirar bien *ónde se posa'l pie, y sin salise de la senda...* En los pueblos había una norma previa: cuando se salía al monte en primavera y verano, las *güelas* nos mandaban untar las chirucas con ajo machacado alrededor de las suelas, para que las *culiebras* no se acercaran; el caso es que, por si acaso, lo hacíamos.

Todo un cuidadoso lenguaje *culebrizo* se tejieron los nativos para prevenir accidentes, con estos y otros ofidios: la Fuente la Culiebra,

Culebréu, Culebreiro, la Sierra la Culiebra, Sierra Culebrosa, el Quentu Culibriru, las Escolebrosas... Y otros con advertencias parecidas, para que los habitantes del paraje tuvieran cuidado: la Fuente'l Sepu, la Fuente la Sacabera, la Fuente'l Cuélebre... En ocasiones, solo porque el agua era mala para beber, poco potable; pero el caso es que, con los topónimos, los lugareños pensaban ya en los riesgos laborales, mucho antes que los másteres ahora.

5. EL TACTO DEL PAISAJE

Vista, oído, tacto, olfato, gusto...
El imperio de los sentidos.
Los órganos sensoriales
son nuestros puentes con el mundo exterior.
Nos orientan en un espacio tridimensional
y nos regalan el contacto con los otros:
una palabra, una mirada, una suave caricia...
Todo cuanto da auténtico sentido
a nuestras vidas

(Rüdiger Braun)

El pisu'l llobu, las huellas de la noche

La piel del paisaje fue, y sigue siendo, muy estudiada por los nativos de cualquier paraje, desde que rompe el alba hasta el crepúsculo; y hasta después de caer la noche, si el lugar y la ocasión lo exigen. Todo un rito minucioso siguen practicando los pastores más tradicionales en las mayadas nada más levantarse, y antes del desayuno, por supuesto: salir a observar las huellas que fueron quedando marcadas en el polvo, en el barro, por los animales que pasaron, o que merodearon alrededor de la cabaña; o del rebaño cercado por las redes, o en la cueva.

Por las huellas, por el *pisu* —que dicen los cabraliegos—, saben el tipo de animales que completan el paisaje, aunque solo sea de paso: *el llobu, la zurra, la mostaliella, el algairé, la garduña*... Y, por las medidas de la misma huella, deducen su tamaño, edad aproximada, macho o fema, dirección que llevaba, intenciones, prisas o pausas, número de manada, hora a la que pasaron, etc.; y actúan en consecuencia: si sospechan que

está cerca, que merodearon, se detuvieron...; tras el desayuno, hacen una inspección más minuciosa por los alrededores, por si estuvieran agazapados y no debieran soltar el ganado. Si hay niebla, la inspección y precauciones dobladas, por supuesto.

¿Machu o fema?..., ¿ave o canino?

En cualquier andadura, urbana o montañera, en cualquier época del año, raro es no encontrar de paso alguna pluma o *plumeru* (*esplumaíru* —que dicen los lugareños—), arrancada de una u otra forma del ave correspondiente; caída o arrancada, con más o menos violencia del animalín de vuelo en desgracia; en ocasiones, todo un manojo de plumas desparrramadas en un pequeño círculo; incluso, si están bajo algún árbol o enramada, y miramos hacia arriba, veremos los despojos del nido que los cobijó, hasta que estaban a punto de volar. En todo caso, allí están los últimos vestigios de algún ave.

Impresiona la escena, a veces, pues los malogrados *paxarinos* eran varios. El caso es que los lugareños, solo con ver las plumas desparrramadas (o una sola pluma, si es más o menos grande), van leyendo la desgracia: si las plumas están rotas, quebradas, masticadas (*esmagutsás*, *magulladas*) deducen que el agresor fue un canino (la rapiega, la garduña, la *mostalietsa*); si las plumas están limpias, enteras, sacadas de un tirón de la carne, sin quebradura, deducen que el agresor fue otra ave mayor (ferre, azor, águila, *palambietsa*, etc.).

Con una lectura más sobre una misma pluma: si es de tono más claro, más fina, brillante, un poco más ancha que alargada, *yera fema* (paxarina); si la pluma es de tono más oscuro, intenso, alargada, gruesa, el *paxarín yera machu*. Y seguimos leyendo paisaje tras las chirucas de los nativos: el tacto de los senderos al detalle. La vida del cielo, a ras del suelo.

La lección de los *marabayos*: la clase inversa —que se dice ahora—

Escuchando una jornada el sonido del río entre unas peñas, con unos cuantos escolares de campamento, me vino a la memoria aquello de las nuevas formas de aprender —que se dice ahora—, pero que son tan anti-

guas como los mismos caminos: la famosa y sonante enseñanza inversa, clase invertida y términos semejantes; es decir, como se hizo siempre: escuchar a los más pequeños o a los mayores, lo mismo da, pues siempre dirán algo —incluso sin querer—, que nos venga a cuento, pues no lo sabíamos nosotros antes.

Así, jugando a refrescarse un día *agostiego* con las aguas del arroyo, a buscar algo vivo que se moviera, una niña abrió las palmas de las manos para enseñarnos los *marabayos* que acababa de atrapar: una especie de pequeños cilindros recubiertos con arena, cerrados por todas partes y pegados a las rocas al borde del agua; decía que tenían dentro las larvas de una mosca; pero con su estrategia previsora —explica la niña al grupo—: cuando las larvas se van desarrollando, no salen pronto, porque las comerían las truchas de inmediato; por eso, esperan a que puedan volar bien, de modo que se alejen ya altas y no las pueden alcanzar. Pues al revés, también se aprende algo en cualquier reposo de la andadura: a la vista, al oído y al tacto está...

El miriu al midiudía: cuando la braña huele a mar

Como podemos aprender algo más de los nativos, a pleno sol en la braña, conocedores palmo a palmo hasta del último recoveco que aportara algo a vaqueros o ganados. Por ejemplo, de paso por las camperas, observamos un día, con cielo azul muy raso, que el ganado ya se iba concentrando al sesteo (al *miriu*, a la mosca...), desde muy temprano, bajo un picacho cimero, unos metros justo bajo la cima misma; no en el alto del todo, donde correría más el fresco, y espantarían mejor las moscas.

Nos explica un vaquero la estrategia paradójica: en algunas cumbres, hay unos puntos con corrientes más frescas que conectan directamente con la brisa del mar; a través de unos boquetes enlazados como en línea, de cordal en cordal por los que fluye el norte, la *marina* —que dicen ellos— asciende desde las costas hasta las cumbres. Ese chorro de aire fresco se estrella entre las peñas, pero no siempre en los mismos altos más salientes sino donde coincida el chorro que refrigera.

Y así, nos dice el vaquero, ya desde la mañana, las vacas más *vieyas* se van colocando las primeras en ciertos puntos que las más jóvenes no

identificaron todavía; incluso, algunas se cornean en serio para posicionarse en el rincón más fresco, el más expuesto. Y lo resume el ganadero: esas vacas están ahí, y no en la cumbre, porque desde ahí *güelen mejor el mar*. El paisaje huele, tiene tacto, aún en las distancias; bien lo saben las vacas, por supuesto. Todo el Sueve, Cuera... es un ejemplo al completo: aquí, sin intermedios ni distancias —pocas gracias—.

Del aveséu y l'avisiegu, al verso, al vaso y hasta el mismo beso, con enamoraos y todo a la par

La posición sombría de los parajes también era imprescindible, tiempo atrás, para los humanos. Es el caso de tantos lugares adversos (de espaldas al sol), es decir, *avesos, visiegos*: suelen ser, sobre todo, fuentes, manantiales, zonas de la braña, en los que conviene que no dé el sol, a poder ser, por el verano. Suelen estar completamente orientados al norte o al noreste, por lo que las aguas se conservan más frescas cuando más se necesitan: en los días de las brañas, cuando había que enfriar la leche para las *mantegas*, o para bajarlas al poblado una vez a la semana; verdaderas neveras para su tiempo, como se dijo.

Estos parajes llevan nombres como la Fuente los Vasos, la Fuente'l Verso, la Bersolina, la Fonte'l Vaso, el Vasu, el Regueiru Beséu..., que los nativos dicen que es porque tiene forma de vaso, porque sale muy poca agua, como para llenar un vaso, o porque un legendario poeta de la braña, recitaba allí sus versos. En la pesquisa de las explicaciones, la cadena suele terminar en nombres tan imaginativos como la Fuente'l Beso.

Y hasta la Fuente los Enamorados... —de las que abundan por diversas geografías regionales—. Resulta de interés la de Allande, que dio origen a una de las leyendas sobre el Pozo'l Chao (en Branietsa): se dice que una pareja de enamorados, mientras cuidaba el ganado, cayó al pozo; y, a los pocos días, los pendientes aparecieron en la fuente, llamada por ello de los Enamorados (citada también en Facebook por «Polavilla en Allande» —su logotipo en la red—).

En realidad, solo un proceso de interpretación popular siempre con todos los sentidos y sentimientos sobre cualquier paisaje: el nombre de un lugar fresco, a espaldas del sol en ciertas épocas —ya en latín *adversus*

(opuesto, contrario)—, fue evolucionando a *verso*, por simple reducción fónica; de *verso* a *veso*, la fusión de consonantes r/s era esperable en romance; de *veso* a *beso*, ya había solo una grafía; y a los Enamorados, el paso lo hizo la imaginación popular, como en tantos otros para los que no encontraban explicación natural más fácil. Una fuente para levantar un monumento a los sentidos y sentimientos fundidos; con toda su exégesis lingüística más inteligente.

La piel de la espinela: el tinte *mariellu* del agracejo

Como tiene tacto el paisaje vegetal, la piel de algunas plantas se recuerda en su función. Nunca podría olvidar la explicación de aquella pastora de Camarmeña (Teresa, ya muy mayor entonces) sobre el uso de la espinela (*Verberis vulgaris* L) entre los cabraliegos; muy apreciada para fijar el color de las lanas y tejidos; se pela el tronco de la planta en las cañas más gruesas; se quita esa primera capa grisácea, amarronada... hasta que aparece la segunda piel, mucho más fina, de color amarillo intenso.

Entonces, los nativos obtenían el remedio para la pequeña industria textil casera: una vez sacadas unas cuantas cortezas amarillas de esa piel más delgada, se ponían a cocer, en el agua bien caliente; se dejaban dentro las lanas tejidas (prendas de vestir, colchas, cobertores...) un buen rato hasta fijar los colores de forma que nunca llegaran a decaer; quedaban unos tonos reforzados, intensos, brillantes, que nunca bajaban con los lavados sucesivos.

Acebos y *acebas*: desde los conos tan cuidados del invierno a los altares y santuarios de las ermitas en las *mayadas*

De paso por cualquier campera, fotografiamos tantas veces esos conos tan uniformes de los acebos y acebales; o carrascales, que dicen en otras zonas. No son los mismos, pero están muy diluidos los matices: los acebos y *acebas*, no pinchan y los comen las vacas y la mayoría de animales del monte; los carrascos y carrascas pinchan, y no los comen todos los animales. Ni en la terminología botánica convencen las clasificaciones, a juzgar por el uso del ganado y ganaderos.

Pero, a parte los matices, acebos y carrascos son un espectáculo vegetal; basta contemplar el dibujo que van haciendo los animales a medida que llega y avanza el invierno: poco a poco los van podando hasta donde les llega el cuello y los dientes, de forma que la parte fondera se va haciendo progresivamente más ancha, pues crece mucho más con el ramoneo constante (cuanto más los roen, más retoñan las hojas, y se vuelven de verde más intenso); por contraste, la parte cimera arriba, donde no llegan los dientes animales, el cono se va cerrando, pues cuanto menos pelan las hojas, menos retoñan, se vuelven viejas, y, hasta, los mismos *picalinos* secan con frecuencia. Todo un dibujo que se diría hecho por jardineros de diseño.

Y si miramos un poco dentro del acebal tupido, continúa el espectáculo: todo un recinto hogareño para animales mayores y menores todo el año: resguardo del frío y del calor, alimento dentro y fuera, camuflaje muy disimulado, succulentas bayas rojas para la despensa invernal... Hasta los ganaderos con menos yerba en los payares cortaban las ramas por el invierno para el ganado de leche. Por algo el Santuario de Nuestra Señora del Acebos (y tantas otras La Virgen del Acebu, El Monasterio de Acebos...) como homenaje a la patrona de los ganaderos: con acebos, ya había leche, *mantega*, carne, caza... en pleno invierno. Bien lo sabía la Iglesia, las retorales... El culto, el donativo, la peregrinación... quedaban asegurados cada año en la ermita correspondiente; y así llegó la festividad hasta el mismo *millenium* más tecnificado.

Afalagando los animales. Pero solo por la cabeza; como dice la palabra: hablándoles...

O con el tacto más vivo de los animales. Una voz muy arraigada entre los ganaderos es la de *afalagar*, *afalar*, que usan en su sentido más etimológico: latín *fabulare* (asturiano, *falar*); es decir, lejos de acariciar sin más a un animal, menor o mayor, el primer paso es colocarse delante de ellos, que nos vean bien, que no se asusten...; y hablarles, que nos oigan: caballos, perros, gatos suelen aceptar carantoñas, azúcar, sal, etc., pero por la cabeza y con las palabras más melosas acompañantes. En definitiva: la comunicación con los animales, pero con todos los sentidos y precauciones: vista, oído, tacto, gusto... Bien nos advertían de pequeños *güelos* y *güelas*.

Ya para concluir, *al mor del fueu*: donde surgió la primera senda de la creación literaria de paso

Pienso con los ojos y con los oídos
y con las manos y los pies
y con la nariz y la boca.
Pensar una flor es verla y olerla
y comerse una fruta es conocer su sentido

(Fernando Pessoa)

Como síntesis de cualquier andadura sobre los diversos paisajes —urbanos o montaraces, próximos o remotos, en el espacio o en el tiempo—, podríamos terminar estas palabras con una referencia breve al origen mismo de la creación literaria, como producto virtual de los cinco sentidos combinados: la importancia del fuego (verdadera fusión de sentidos, sentimientos, emociones... combinados); tantas sensaciones juntas al calor del fuego se irían traduciendo a palabras, de siglo en siglo; primero, orales; poco a poco, escritas; con el tiempo y los recursos, con ambos códigos combinados (textos, imágenes, melodías).

Ya con las nuevas tecnologías de los últimos siglos hasta el *millenium* incluido, la lectura y la escritura —con los paisajes de fondo— se siguieron construyendo con el lenguaje sonoro incluido (audiolibro); para terminar con esos textos que ahora disfrutan los niños, donde el tacto sobre los botones o sobre los iconos de las páginas hacen saltar al tiempo voces, ruidos, luces, movimientos, sensaciones gustativas, olfativas... El texto con los cinco sentidos, ya desde bien pequeños.

Porque, ciertamente, al calor del fuego y al brillo o los chasquidos de las brasas y las ascuas, debió nacer aquella remota preocupación del homo predecesor, antecesor y compañía..., por entender el paisaje que los rodeaba, y en ocasiones amenazaba, asustaba, intrigaba, sugería... Al calor del fuego, y en las horas muertas del crepúsculo o la noche, aquellos remotos abuelos de casi un millón de años atrás ya se preocuparían de indicar con signos, gestos, o con toscos monosílabos y sílabas guturales, el paisaje que necesitaban para sobrevivir en tiempos tan precarios; a sobrevivir ellos, y enseñar a hijos y nietos a hacer lo mismo.

Así, nos llegó el lenguaje de la leyenda, el mito, el cuento... tan tejido con códigos de los cinco sentidos: toda una didáctica sensorial, que solo pretendía impresionar, advertir, contar, llamar la atención o prevenir a los nativos sobre la forma de caminar, entender el suelo y el cielo, de la mañana a la noche; de la primavera al invierno otra vez; de la niñez a la vejez, si querían disfrutarlas evitando en lo posible los peligros; comenzando por los dinosaurios y compañía.

En fin, toda una lectura multisensorial de un paisaje que comienza por las palabras de cada territorio habitado. Una lectura oral y escrita, con los distintos códigos que vamos descifrando con los años, y el saber propio y ajeno; el léxico asturiano, en este caso, desde las caleyas y calles más sosegadas y fonderas hasta la sendas más altas y difusas entre los mismos riscos de las peñas, al filo ya del espectáculo de las cumbres. Porque, tal vez, la lectura de cualquier paisaje comienza por el léxico que vamos encontrado, escuchando, saboreando, por ambos lados de la senda. Como dice Pablo Ardisana:

Acaso el camino comienza
en las palabras para lentamente
ir hilvanándose en los pasos,
esfuerzos, sed, fatigas...



GOBIERNO DEL
PRINCIPADO DE ASTURIAS



CSIC

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
CONFEDERACIÓN ESPAÑOLA DE
CENTROS DE ESTUDIOS LOCALES (CECEL)